Domingo de la Santísima Trinidad

Deuteronomio 4,32-34.39-40; Romanos 8,14-17; Mateo 28,16-20

«Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos y enseñándoles a guardar lo que os he mandado. Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo»

30 mayo 2021 P. Carlos Padilla Esteban

«Quiero pensar que puedo construir un trozo de cielo en la tierra. Allí donde me encuentre mi forma de vivir, de comportarme, de amar, de pensar pueden ser una semilla de un mundo nuevo»

A veces puede ser que me fije más en la sed del hombre antes que en la mía propia. Quiero calmar los miedos ajenos sin pensar en los míos. Vivo queriendo sanar a otros siendo yo el que tiene que ser sanado. Pienso que quiero conquistar el Reino de Dios y se me olvida que es ese Reino el que ha de venir a mí. Me preocupo de muchas cosas y no dejo que Jesús se preocupe por mí. Ajetreado, inquieto, yendo de un lado a otro tratando de llenar vasijas de barro con un agua que yo no poseo. Quisiera alzarme por encima de los vientos. Alcanzar las cimas más altas sólo con mi esfuerzo. Buscando una fuerza interior que con frecuencia se agota. Puede ser que haya puesto el acento en mí. Y me haya olvidado de ese Tú por el que estoy dispuesto a dar la vida. Amando sin reservas me olvidé de ser amado. O pretendía quizás que mi pozo siguiera lleno a medida que repartía cubos de agua. He pensado que era mi actividad desenfrenada la que tenía que satisfacer los deseos ajenos. En una búsqueda enfermiza de mi propio yo. Apagando la sed que brota de mis entrañas con una fuerza que me asusta. He descubierto que mis heridas no se han curado, tal vez para que no me olvide de a quién tengo que permanecer atado. Le pertenezco a Jesús, no quiero olvidarlo. No puedo vivir buscando pequeños premios en mis muchas batallas. En un intento baldío por lograr las grandes victorias por las que llegar a ser recordado. ¿Es tan importante la memoria de los hombres como para perder la vida intentando que no quede nunca mancillada? Esa memoria de los que un día me alaban y al siguiente me olvidan o desprestigian. ¿Por qué me importa tanto el discurso vacío de los que no ven mi verdad porque no la conocen? Hoy siento en mi corazón la voz del Resucitado que me sigue llamando por mi nombre. Y pronuncia muy quedo esa pregunta que me rompe: ¿Me amas? Y yo tartamudeo en un intento por parecer seguro. ¿Cómo no amar a aquel que me ha salvado? No es imposible, puedo olvidar fácilmente y llegar a pensar que sigo en la brecha de la batalla gracias a mi talento, a mis éxitos y logros. Y olvido esa pregunta que es la que de verdad me salva. Quiere que le siga sin desánimo. O quizás ni siquiera pretende mi esfuerzo. Sólo me pide que me quede quieto esperando, sin prisas, sin búsquedas enfermizas. Que no quiera apagar todos los incendios y salvar todas las vidas expuestas. No me exige que no me detenga nunca, todo lo contrario. Sólo quiere que me calme y espere, que me abra y permanezca en paz. Que añore un abrazo infinito. Que desee un descanso sin guerras. Sólo quiere que acepte que no puedo lograr solo todo lo que el mundo me pide. Que no soy yo sino Él en mí. Que no es mi voz, sino la suya. Mis deseos son los que Él pone dentro de mi alma. Quizás tengo miedo a caer y no ser capaz de levantarme de nuevo. Tal vez he olvidado el primer amor y es hora de recordarlo. Ponerme en camino a esa cita que no quiero posponer. Jesús ha salido a mi encuentro como cada mañana y está dispuesto a salvarme. Pero sólo si yo quiero ser salvado. ¿Me creo ya viviendo en el cielo en medio de la tierra? No quiero juzgar para no ser juzgado. Veo en mi corazón la debilidad de mis brazos. Y por más que me empeño en gritar que Él está vivo no dejo que los hombres lo vean, es a mí a quien quiero que contemplen. Yo en el centro, Él oculto bajo la sombra de mi vida. Y le digo que le amo, pero no me dejo amar por Él. No quiero su misericordia, es su premio lo que exijo, el pago por tanto bien realizado y por tantas vidas salvadas. Reconozco que mi vida no se parece en nada a la de los

santos que estaban dispuestos a perderlo todo por amor. Se dejaron hacer, se dejaron llevar. Y su vida se llenó de esperanza. Me gusta mirar a Dios en medio del camino. Me gusta contemplar su rostro y ver cuánto me ama. Medito enamorado esos abrazos que jalonan mi historia de amor. Esos suspiros cuando me alejo y no veo su rostro. ¿Acaso no puedo detenerme cada día a alabar a Dios por todo lo que me regala? Es tan fácil el olvido. Me dejo llevar con tanta facilidad por lo urgente. Me veo intentando contentar a todos para llenar el vacío de amor que siento en lo más hondo. Estoy dispuesto a vivir con más calma, sin tantas prisas. Me calmo ante sus ojos que me miran y no me exigen nada. **Sólo quieren que me abra a todo ese amor que está dispuesto a darme.**

Hay personas que tienen el don de ver la belleza donde los demás ven fealdad. Hay corazones capaces de convertir un pantano en un jardín precioso. Hay miradas que convierten en admirable lo que a primera vista puede parecer despreciable. No sé si la mirada y el corazón logran transformar todo lo que tocan o es sólo parte de mi deseo más hondo, del sueño que tengo de cambiar el mundo que me rodea. No puedo acabar con todas las guerras, pero sí puedo impedir las luchas que comienzan como consecuencia de mi ira, de mi envidia, de mi deseo de venganza, de mi orgullo herido. Mi corazón guarda rencores que lo convierten en un corazón débil. Porque le doy poder sobre mí a quien no debería tenerlo. Sueño con construir el paraíso aquí en la tierra. Pero el poder es tentador, todo tipo de poder. El poder sobre este mundo y sobre las personas. El poder que me permite conseguir lo que deseo, siempre que lo deseo, tal como lo deseo. Quiero pensar que puedo construir un trozo de cielo en la tierra. Allí donde me encuentre mi forma de vivir, de comportarme, de amar, de pensar pueden ser una semilla de un mundo nuevo. Puedo dejarme llevar por el ambiente en el que vivo, por la masa que piensa de una determinada manera. Y, para no desentonar, trato de vivir como el resto. Pienso como piensa la mayoría. Vivo como viven otros hombres. Reacciono con violencia ante los agravios. Clamo venganza cuando recibo algún mal. Deseo los bienes de mi prójimo y hago lo posible por conseguirlos. Vivo lleno de envidias y deseos que me llevan a provocar el mal con mis actos y palabras. ¿Cómo puedo hacer posible que crezca el paraíso en el erial que habito? ¿Cómo lograr que sea fértil la tierra insalubre que contemplo? Quiero ser capaz de ver un vergel en el desierto, y agua caudalosa en el lecho seco de un río. Depende de ese Dios que me habita y me cambia por dentro. Sólo lleno de su Espíritu podré ver las cosas de forma diferente. Una diferente justicia. Una manera distinta de actuar, de vivir, de comportarme, de reaccionar. No quiero hacer más de lo mismo. Sueño con un mundo nuevo y estoy convencido de que María lo puede hacer posible primero en mi corazón. Sueños que se hacen vida dentro de mi alma y los quiero compartir. No me conformo con llevar una vida vivida a medias. Con amar con miedo por temor a ser herido. Quiero ver ese mundo que sueño dentro de mi alma y quiero creer que puedo lograrlo al menos en lo que a mí me toca. Dios usa mi vida. Soy su instrumento. Esa conciencia es la que me da paz. De mí no depende todo, sólo mi sí, sólo mi disponibilidad para ponerme en camino. Es lo que hizo Jesús en la tierra. Se puso en camino y comenzó a predicar ese reino que nace como semilla en el corazón de cada hombre. Un reino de paz y esperanza. De vida y alegría. Un hogar en el que todos puedan ser aceptados como son, sin que nadie pretenda cambiarlos. El cambio vendrá como consecuencia del amor incondicional recibido, nunca antes. Sigo convencido de que todo lo que hago tiene que sumar en ese reino que Dios quiere que ayude a levantar. Es lo que hizo Jesús en su paso entre los hombres: *«Junto a Jesús, los enfermos recuperan la salud, los poseídos por el demonio son rescatados de su mundo oscuro y tenebroso. Él los integra en una sociedad nueva, más sana y fraterna, mejor encaminada hacia la plenitud del reino de Dios»*[1]. Quisiera ayudar, aunque sea torpemente a mejorar este mundo. Que el Reino de Dios se abra paso a través de las manos de esos hombres que creen en el poder de Dios en sus vidas. Me gusta esa forma de ver la vida. No como una batalla, sino como la labor del jardinero que va trabajando la tierra para que crezca esa semilla pequeña que Dios siembra. Mi vida puede ser parecida a un pantano, o a ese cielo que tanto deseo. Depende de lo que

[1] José Antonio Pagola, *Jesús, aproximación histórica*

haya dejado crecer en mi interior. Para eso necesito estar unido a Dios, eso es lo que me da felicidad. Y así podré irradiar esa luz que viene de lo alto. Decía el P. Kentenich: *«Para nosotros, lo único importante es Dios, el Padre, y su amor misericordioso. No es que haya que anular por completo la actividad propia, pero hoy en día necesitamos sobre todo el ser impulsado por la fuerza de Dios. Él lo hará todo en nosotros. La omnipotencia de Dios deberá ser glorificada a través de nuestra impotencia»*[2]. Importa mi sí. Pero es su poder el que todo lo puede transformar. Puede convertir el desierto en vergel. Y acabar con la sequía con su agua abundante. Puede traer la paz al corazón en guerra y la salud al alma enferma. Puede despertar un amor sano en el corazón herido y lograr que el perdón se imponga por encima del deseo de venganza. Puede lograr que sea misericordioso cuando mi corazón no lo desea de forma natural. **Puede cambiar mi vida y hacer que sea más suya, más pura y alegre. Él puede hacerlo en mí.**

¿Cómo se puede seguir un camino trazado sobre la nieve? ¿Cómo puedo mantener firme el timón siguiendo una ruta escondida en el mar abierto? ¿Cómo creer en la existencia de tierras lejanas que nadie conoce? ¿Cómo creer que puedo controlar mi voluntad cuando una y otra vez siento que es indómita? Son preguntas que quedan sin respuesta ante mis ojos. ¿Sabré algún día lo que hoy ignoro? ¿Seré tan valiente como para empezar de nuevo aún con el sabor de la derrota en los labios? ¿Aprenderé de lo vivido o lo olvidaré por miedo a recordarlo? Siguen viviendo en mi alma preguntas que no consigo responder con certeza. Porque desconozco el mar más hondo de mi alma. Y me asustan las tormentas de mis furias interiores. Y mi falta de fe en mí mismo es la mayor tragedia que me habita. No sé cómo levantar mis manos por encima de mis sueños para que se hagan realidad. Y no comprendo las incertidumbres de un futuro que no logro adivinar. Me intranquiliza todo lo que escucho, veo o siento. Y necesito una mano amiga, o un abrazo para calmar los miedos. Dejo de mirar tanto el suelo para acariciar las nubes mirando el cielo. Me subyuga ese azul eterno que me contiene. Dejo de respirar un momento suspendido en el vértigo de un amor imposible que se ha fijado en mí, siendo yo tan pequeño. Y camino despacio por los caminos de la vida. No todo está bien, lo sé. No todo encaja. La vida no es un montón de capítulos ordenados con un final feliz. Ni todo es consecuencia de mis actos, hay imprevistos y sucesos que ocurren sin poder yo evitarlos. No hay noches tan oscuras en las que no brille una sola estrella. Ni calores tan terribles que no alberguen alguna sombra fresca. De mí dependen el comienzo y las decisiones que tomo sin saber muy bien cómo. Arriesgarme a vivir es siempre el primer paso. Caer y levantarme son el resultado de mis años de búsquedas. Me reconozco de nuevo cada vez que siento algo, dolor o pena, rabia o impotencia, alegría o esperanza. Soy yo mismo en medio de mis nubes y claridades. Dios me ha enseñado algo de su paciencia y me ha dado algo de su luz que se ha quedado prendida de mis ojos. Siento que vale la pena lo que tengo, mucho más que lo que he perdido. Como leía el otro día: *«Así dice el místico alemán Maestro Eckhart: - Si le dieras gracias a Dios por todas las alegrías que Él te da, no te quedaría tiempo para lamentarte»*[3]. La decisión mejor es siempre la que he tomado. Y las elecciones hechas son las más acertadas. No miro atrás buscando explicaciones. Ni pretendo que el sol ilumine las respuestas. Siento que lo que amo es lo que más vale. Y el amor recibido es mi mayor tesoro que guardo con alegría. Siento que puedo romper los muros que me detienen. Y sé que sin mi sí el mundo no se mueve. He aprendido la humildad a fuerza de humillaciones. Y si pido paciencia Dios me da oportunidades para ejercitarla. Los miedos solo logran que no sea yo mismo y me guarde. Por miedo a perder puedo perder la vida. Y no quiero que el tiempo, tan escaso, se me escape entre los dedos. He aprendido a escribir canciones en el aire. Reteniendo en el papel los sueños que son volátiles. Sé que de mis heridas Dios saca vida nueva. No sé cómo lo hace, pero he sido testigo. Abrazo cada noche el cansancio del día. Seguro de saber que nada importa tanto como entregar la vida. Me acostumbro a soñar con ciertos imposibles. No sé si con mi fuerza, o la de Dios, algún día sean reales. De momento camino por cañadas inciertas. Y me abrazo feliz a los días que empiezan. No pretendo

[2] King, Herbert. *King Nº 2 El Poder del Amor*
[3] José Antonio Pagola, Arturo Asensio Moruno, *El camino abierto por Jesús. Juan*

saberlo todo ni hacerlo todo bien, nada más lejos de mi debilidad congénita. Haga lo que haga siempre alguien sentirá que no está bien hecho. Sea como sea a alguien no le gustará cómo soy. Aprendo a ser libre del juicio de los hombres. Sin temer su condena. Sin esperar su halago. Eso me da libertad y paz en el alma. Ya no pretendo gustar a todos. Pero no quiero vivir disgustando al mundo voluntariamente. Sólo quiero amar sin esperar nada. Aunque todo el que ama espera, aún sin saberlo, llegar a ser amado. Pero al menos pretendo vivir con paz y navegar sin miedo. Abrazar sin escrúpulos y sentir sin nostalgias. Reír sin esconderme y alegrar el alma con todo lo que da luz y quita la tristeza. Creo en esas tierras que no conozco. No siento que haya hecho todo lo que un día soñé. Me asusta aburguesarme y pensar que ya he llegado. O sentir que estoy al final del camino cuando me siento a mitad de la ruta marcada. Me asusta la autocomplacencia tanto como la autocompasión. Y no puedo vivir quejándome de un mundo que no me da tanto como yo he dado. Recorro los desiertos soñando el agua del oasis. Y me apego a los ríos que conducen al mar. En el pozo del alma he vertido recuerdos. Vivo buscando en ellos algo de claridad. Sin más pretensiones que la del peregrino que sólo espera llegar cada día al final de su etapa. Sin perder de vista la meta. Sin dejar de agradecer por lo vivido. No guardo más rencores, porque no tiene sentido. Y olvido hoy las críticas que envenenan mi ánimo. Dejo de juzgar a quien no me ha juzgado. ¡Quién soy yo para ver lo malo que otros hacen! Guardo silencio. Es más sabio. Y no espero que conmigo hagan lo mismo. Si soy criticado callo, no me defiendo. Y me alegra sentir que **María me sigue mirando con esa misma mirada que un día me sedujo. Me calmo y espero. Sueño.**

Me gusta la certeza con la que habla el pueblo de Israel del amor de Dios. Aman a un Dios personal, único, a un Dios todopoderoso que los salva por amor: «*¿Hubo jamás, desde un extremo al otro del cielo, palabra tan grande como ésta? ¿Se oyó cosa semejante? ¿Hay algún pueblo que haya oído, como tú has oído, la voz del Dios vivo, hablando desde el fuego, y haya sobrevivido? ¿Algún Dios intentó jamás venir a buscarse una nación entre las otras por medio de pruebas, signos, prodigios y guerra, con mano fuerte y brazo poderoso, por grandes terrores, como todo lo que el Señor hizo con vosotros en Egipto? Reconoce y medita en tu corazón que el Señor es el único Dios, allá arriba en el cielo, y aquí abajo en la tierra; no hay otro. Guarda los preceptos y mandamientos que yo te prescribo hoy, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor, tu Dios, te da para siempre*». Es un Dios bueno, un Dios Padre, que ama con locura a sus hijos. Un Dios que elige a los suyos y los busca por los caminos. Un Dios fiel en una historia sagrada en la que ha salvado a sus hijos. No hay otro Dios fuera de Él, nadie es tan bueno y poderoso. Es el único al que tienen que ser fieles. Y siendo fieles a ese amor que han recibido, serán felices que es lo que Dios quiere. Me gusta esta imagen de Dios. Un Dios que ama de forma personal. Un Dios que busca al hombre y lo rescata. Y le da una ley, una norma, para que, siguiendo los preceptos, pueda ser feliz. No es una ley para separar a los buenos de los malos, a los pecadores de los cumplidores. Las normas son un camino de felicidad, de paz, de salvación. Esa imagen de Dios es la que me salva. Con frecuencia veo grabada en muchos corazones la imagen de un Dios juez. Un Dios que no conoce la misericordia. Un Dios que no quiere salvar a sus hijos del mal y la debilidad. Un Dios que sólo exige justicia y cumplimiento de lo que Él pide, sólo eso. Ese Dios rígido y exigente es un Dios diferente a ese Dios del que habla Moisés. ¿Cómo es el Dios al que adoro, al que sigo, al que amo? ¿Cómo es ese Dios Padre que conduce mi vida y les da un sentido a todos mis pasos? Cuando miro así a Dios vivo con paz. Cuando vivo con temor a su castigo mi actitud ante la vida es diferente. Vivo queriendo hacerlo todo bien y no lo consigo. Y ese Dios juez en el que creo me resulta lejano, distante, duro. Porque su mirada pétrea condenándome es una imagen que no puedo sostener por mucho tiempo. Por eso me gusta más este Dios que hoy escucho. Un Dios que me ama y desea mi felicidad. Conoce mi alma. Sabe cómo soy y lo que no puedo conseguir. Una persona me dijo un día: «*A veces siento que tengo que hacer bien todo el bien que puedo hacer*». Esa presión la viven muchos cristianos que quieren seguir a Jesús. Hacer bien, de forma perfecta, todo el bien que se pueda hacer en mi vida. No fallar, no caer, no pecar. Como si la vida del santo tuviera que ser inmaculada cuando está claro que tengo una inclinación natural al pecado y a la imperfección. ¿Qué espera Dios de mí? Que lo ame con un corazón libre. Y tengo claro que toda esa

coraza de la que me revisto, esa rigidez que adorna mi alma me acaba haciendo mal. Porque el orgullo de ser bueno y hacerlo todo bien me vuelve distante e inmisericorde ante la debilidad de mi prójimo. Cuando el que está cerca de mí muestra flaquezas, yo lo desprecio. E idealizo a aquel al que imagino más cerca de Dios, más perfecto. Creo que lo que Dios quiere es que saque ese niño sano y libre que vive en mi interior. Dios es un Padre que cree en mí, en el poder oculto en mi interior, en la belleza escondida debajo de mi fealdad. Me gusta esa mirada de Dios sobre mí. Mi ideal entonces, aquel sueño que habita en mi interior no tiene que ver con una perfección inalcanzable. No tengo que hacer bien todo ese bien que puedo hacer. Dios quiere que lo a ame a Él en la carne de quienes amo en el camino. Quiere que lo mire admirado, sorprendido y feliz. Anonadado al ver ese amor imponente que se derrama sobre mi pobreza. No busco sólo no pecar, porque sé que lo conseguiré sólo a veces, mientras que a menudo dejaré escapar mi ira, mi egoísmo y comodidad. Si sólo soy feliz en la virtud probada tendré muchos momentos de infelicidad en mi vida. Entonces tengo claro que si quiero ser feliz siempre no debo tenerle miedo a Dios ni a su mirada. No tengo que pensar que me espera a la vuelta de la esquina para castigar mi debilidad. No tengo que dudar de su amor nunca. Haga lo que haga me ama siempre. No es como yo que disminuyo mi amor por los demás cuando me fallan. Y dejo de confiar en ellos cuando han sido infieles en la confianza dada. El Dios en el que creo me espera al final del día en lo más hondo de mi alma para recordarme que soy su hijo más valioso. Esa imagen de Dios me rescata de todos mis escrúpulos y culpas. Me salva de mi miedo a perder el amor de los que me aman. Creo en ese Dios bueno que me quiere sin fijarse sólo en mi debilidad, en lo que no puedo hacer bien pese a todo mi esfuerzo. **Creo en ese Dios lleno de misericordia que me busca siempre.**

Me gusta mirar a Jesús y escuchar su voz llamándome, buscándome. A veces me postro ante Él, otras dudo, como los discípulos en el Evangelio: *«En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban».* Lo ven acercarse a ellos en ese monte en Galilea. Allí los ha reunido poco antes de ascender. Algunos se postran ante Él, otros dudan. En el mundo de hoy suele pasar. Me postro con facilidad ante ídolos humanos. Me arrodillo sin pudor ante los poderosos porque ellos me pueden dar la felicidad terrena, o quitarme mis ilusiones de este mundo. Busco acuerdos ventajosos que me abran puertas y me allanen los caminos. Quiero medrar, conseguir el éxito, llegar más lejos, ganar más, ocupar puestos importantes. Para ello no me importa usar todas mis argucias, todos mis métodos de este mundo. Busco componendas que me solucionen la vida. A ver cómo se puede arreglar esto, pregunto, me preguntan. Siempre hay un acuerdo posible para que todos ganen, o al menos algunos. Y entonces uso todos los medios que me ofrece este mundo. Me arrodillo ante el poderoso, me humillo ante el que puede darme una salida airosa en este mundo tan complejo. Enaltezco al que más tiene. Hablo bien del que más ha logrado. Menosprecio al débil, al pobre, al que no me puede salvar la vida. Me arrodillo ante los hombres. Y no veo a Dios en mi vida porque mi mundo gira en torno a mí, en torno a mis cosas, en torno a la tierra. Mirar a Dios me hace humilde. Porque soy pequeño y Dios es grande. Si aprendo a arrodillarme ante Dios, a adorarlo y ponerlo en lo alto, no necesitaré arrodillarme ante los hombres. Es lo que necesito. Adorar a Jesús, experimentar mi debilidad todos los días, tocar su grandeza y saber que lo que hoy escucho es verdad: *«Acercándose a ellos, Jesús les dijo: - Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».* Jesús se acerca a mí para decirme que no tenga miedo. Que no me desespere cuando las cosas no salen como yo espero. Que no dude del poder de ese Jesús que estará todos los días a mi lado, hasta el fin del mundo. Todos los días junto a mí. ¿Por qué tengo miedo? No tengo que dudar, no tengo que vacilar, no tengo que pensar que es imposible. Es cierto, es imposible para mis fuerzas humanas. Tengo talentos, capacidades, pero no basta todo esto para hacer realidad el reino de Dios en la tierra. Necesito un poder que viene de lo alto. Una gracia que no es un derecho sino algo inmerecido que recibo entre mis manos débiles y lo cambia todo. Me envía a cambiar el mundo, a bautizar, a bendecir, a

salvar vidas, a sanar corazones rotos. Y yo me siento impotente, frágil y vacío. ¿Cómo voy a llegar allí donde Jesús me envía? Se acerca a mí y me lo repite al oído. Él va a estar conmigo y va a sostener mis pasos. ¿Acaso no lo veo a mi lado de forma especial en los momentos más difíciles de mi vida? Sí, ahí donde todo parece torcerse y la oscuridad es más densa que la luz del sol que ilumina mi camino. Jesús se acerca y se pone a la altura de mis ojos. Yo me postro ante Él porque necesito que me ame, que me diga que me ama, que me susurre al oído que no debo tener miedo. ¿Y si caigo y no soy tan suyo como Él espera? No pasa nada. No debo tener miedo. No tengo que adorar a los hombres. No tengo que postrarme ante los poderosos. Tengo que arrodillarme, eso sí, ante el que sufre, ante el que está más herido al borde del camino. Me arrodillo para levantarlo y hacer que crea en lo imposible. Porque es posible todo si creo en Él. Si me pongo a su altura. Si camino a su lado y me postro al experimentar mi indignidad. Adorar es reconocer que Jesús tiene la última palabra en mi vida. Quiero vivir en Jesús. Sentir como Él. Tomar las decisiones de su mano. Quiero notar su fuerza en mi espalda cada vez que peco y noto la presión del ideal de la pureza sagrada a la que Dios me llama. Siendo yo tan impuro, tan frágil, tan de carne, tan del mundo. Me postro ante Él porque puede levantarme por encima de mis sueños y logra hacerme creer que es posible todo lo que me proponga. Si creo, llegaré lejos. Si me postro, avanzaré más rápido. Porque cuando quiero ser yo poderoso el miedo crece. Cuando mis enemigos son más poderosos siento el miedo a perder mi lugar, mi posición, mi prestigio. Y hoy Jesús viene hasta mí a decirme que no dude, que no tema. Y me pide que guarde en el corazón todo lo aprendido. Que la vida se juega en presente. Que perder una batalla no supone perder la guerra. Que nada está perdido hasta el final. Y siempre puedo dar la pelea y seguir corriendo en busca de la meta. Que nadie es imprescindible. Y a la vez todos son importantes. **Que lo que yo aporto no es lo más importante, pero sí es fundamental, porque si yo no lo hago, nadie lo hará.**

Hoy, en el día de la Santísima Trinidad, miro esa comunión en Dios. Esa armonía entre el Padre que me ama con misericordia, Jesús que camina a mi lado para que no tema y ese Espíritu que saca lo mejor que hay en mi corazón. Es la comunión a la que estoy llamado. Una armonía que me cuesta vivir en mi corazón roto. En el que quisiera que todo estuviera unido. Pero no es así. Y por eso me cuesta tanto construir la comunión a mi alrededor. Porque en mi vida no hay unidad. No quiero que el odio me divida, ni la envidia, ni los celos, ni el egoísmo. Todos mis pecados me dividen y aíslan. Me separan de mi hermano y me hacen desear su mal. La comunión de la Trinidad que es familia se convierte en un ideal para mi vida. Quiero vivir esa comunión que sólo se puede comprender como un don bajado del cielo. Dios me puede dar lo que yo solo no sé construir. Un corazón en paz es el que puede pacificar. Un corazón unido es el que puede unir y gestar familia. Un corazón lleno del Espíritu de comunión que se me regala. Hoy escucho: «*Los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios. Habéis recibido, no un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: - ¡Abba! (Padre)*». El Espíritu santo penetra mi alma y me hace hijo, niño dócil. Niño humilde y sencillo. Pequeño y necesitado. Un niño que no despierta envidia ni odio. No compito con ese niño pequeño que no puede hacerme sombra. La humildad del niño alegre y confiado es la que me salva. Tengo claro que el Espíritu no me convierte en todopoderoso. No me vuelve invencible e infalible. No me hace poseer todos los conocimientos y verdades. El Espíritu Santo me hace ser niño. Me vuelvo pequeño para entrar por esa puerta pequeña del cielo que está hecha para los niños. El Espíritu obra el milagro en mi interior y me vuelve filial. No me vuelve orgulloso ni vanidoso. No me hace pensar que no voy a tener problemas en mi vida cuando lo posea en plenitud. No me quita el miedo ante esos desafíos demasiado grandes a los que me enfrento. No resuelve todos los problemas ni me hace pensar que nada malo va a pasarme. Ese milagro no lo consigue, pero sí logra otras cosas en mi interior. El Espíritu Santo me da valor y fuerza para lanzarme por encima de la cornisa y volar sin que el miedo me paralice. El Espíritu me da fe en mí mismo. Me permite creer en todo lo que puedo llegar a hacer. Me alegra pensar que tanto en la derrota como en la victoria Jesús no me va a dejar. El Espíritu Santo lo que hace es ensanchar mi alma para que ame más y hace más vasta mi mirada para que llegue más lejos en

un horizonte infinito. Un corazón grande es lo que necesito, aunque sufra más. Cuando más amo más sufro, lo sé. El Espíritu Santo me hace hijo, niño y me enseña a pedir lo que más me conviene, aunque nunca lo sabré bien del todo. Me pongo en las manos de Dios y confío en su poder inmenso. El Espíritu Santo me da paz para entender que no todo está perdido y nada está ganado hasta que llegue al cielo. Me revela que Dios va conmigo e ilumina mis pasos. Comenta el Papa Francisco: «*Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia*». El Espíritu Santo me sostiene, me salva en las dificultades. Me levanta y me lleva a aceptar la vida tal y como viene. No comprendo todas las cosas que suceden. No entiendo el sentido de lo incomprensible. No pretendo comprenderlo todo porque no tienen sentido muchas cosas. Por el Espíritu Santo creo que Dios está detrás de todo conduciendo mi vida con amor: «*Los ojos del Señor están puestos en sus fieles, en los que esperan en su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre. Nosotros aguardamos al Señor: él es nuestro auxilio y escudo; que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti*». Esa esperanza me la da el Espíritu Santo. Él me regala la paz de saber que mi vida le pertenece a Dios por entero. Y no tengo derecho a nada, ni a la vida, ni al amor, ni a la salud. Todo es don. Con actitud de hijo agradecido miro a mi alrededor y confío. **Dios me sostiene en la fuerza de su Espíritu.**